

suelos, alimentando las esperanzas y haciendo comprender á la prójima que allí tenía una familia que la abrigara. Gabina derramó alguna lagrimilla que se limpió con la punta del delantal randado, dijo que á quien sentía era á su *mama* y al chiquitito; pero que si Dios se los llevaba, su Divina Majestad sabía lo que hacía; y cuando la señora, con voz de espanto, le dijo: "Pero, por Dios, Gabina, no hay que darle el pecho á mi hijo," contestó la descastada: "Ah, qué niña, *pos* que cree que no se me ha pasado el susto? *Pos* la mera verdad ¿quiere que le diga? me alegro, porque así no tendré que darle á *nai-den* nada de mi sueldo.

El mismo día Amparo y Julio determinaron empezar á enseñar al niño á comer solo; no fuera á sacar las perras entrañas y el corazón pedernalino de su nana—y más bien querían verlo muerto que celebrando la muerte de un ser humano.

23 de agosto de 1900.

## LO QUE TODOS QUIEREN

**S**i hubo durante el tiempo dichoso del coloniaje guerra sonada, comentada, traída y llevada, fué la de sucesión, producida, como todos saben, por la idea del señor don Carlos II (de imbecil memoria) de regalar sus vasallos, incluso los de ultramar, que no sabían el por qué de la posesión ni la causa del traspaso, á su sobrino Felipe de Francia en vez de donarlos á su primo Carlos de Austria.

Después del gran desastre de Vigo, en que se hundieron en los abismos del océano las millonadas que de aquí se mandaban á la metrópoli, y de los innumerables males que tuvieron que sufrir el comercio

y la minería por causa de las irrupciones de los corsarios, se acordó en Europa hacer las paces, suspendiendo las mutuashostilidades. En México se recibió la noticia con el placer que era razón, pues aparte que se gozaba el placer de ver tranquilo al mundo, se evitaban las exacciones y las cargas, que eran la consecuencia de doce años de porfiada lucha.

A la Nueva Galicia llegó la grata nueva y se acordó celebrarla con públicos regocijos; pero como era claro, se pensó antes que en juegos de sortija, en toros ó en cañas, en una solemne función religiosa que hiciera época en los fastos del reino y probara la inquebrantable adhesión de éste al trono recién afirmado y á la religión triunfante.

El sermón de la fiesta se encomendó al famoso orador sagrado Fray Joaquín de Robles, sol resplandeciente de la religión agustina y maestro tan perito en sùmulas como en Bartolo y Baldo ó en cualquiera de las infinitas ramas de la divina ciencia teológica.

No tenía el bendito padre sino un defectillo: era más sordo que el que no quiere

oír, y aunque muchas veces, con su agudeza y perspicacia innatas, procuraba disimular la falta, ésta se percibía á poco que se le hablara.

Tan pronto como supo lo del sermón, se dió á registrar las obras del divino Aquinate, de San Buenaventura, de San Ambrosio y sobre todo del Maestro de las sentencias; pero como encontró que ni el Bueymudo de Sicilia había adivinado á Fray Froilán Díaz, ni el maestro franciscano había dejado nada escrito acerca de la toma del Monjuich, ni el gran arzobispo de Milán maliciado nada respecto del duque de Vendome, ni Pedro Lombardo mencionado á Guillermo ó al Archiduque, arbitró un recurso que se le figuró el más sutil, exquisito y fino á que pudiera recurrir predicador alguno en el mundo.

Eran los tiempos en que la decadencia española se acercaba á más andar. De la elocuencia grave, viril, elegante y sonora de los Avilas y los Granadas, y de la sencilla, tierna y unciosa de los primeros misioneros que civilizaron é hicieron penetrar la luz del evangelio á estas tierras,

nada quedaba ni existía nada; los *pre-gerundios* habían aparecido ya *bombásticos*, finchados, ignorantes y llenos de necedad, el gusto del público marchaba de acuerdo con ellos y el de Fray Joaquín estaba de conformidad con el del público.

Como en todas nuestras poblaciones han abundado siempre los entes desequilibrados é incompletos—gibosos, enanos, patizambos, deformes, ciegos é imbéciles, y de éstos muchos han disfrutado y disfrutaban una popularidad que ya la quisieran para un día de fiesta muchos hombres políticos,—vivía entonces en esta tierra un villano apicarado que se decía Ferrer y que por las trazas debe haber tenido algo de los bufones que divertían los ocios de los católicos monarcas que empuñaban el cetro de las Españas—del *bobo de Coria* ó de *Pablillos de Valladolid*, cuya indigencia intelectual inmortalizó el mayor pincel que ha existido en el mundo. Ferrer era deforme y cacoquimió; en su cuerpo se confundían todas las partes, todas las regiones, todos los miembros al grado que no se sabía lo que era brazo, lo que era pierna, lo que era

cuello, lo que era vientre; sólo se le veían enteros, hermosos y destellando malicia, los ojillos, negros y chiquitines como dos *jaltomates*

Seguro de un golpe de efecto, con este tal se abocó Fray Joaquín, y reservadamente, á fin de que no se conociera el resorte extraordinario y positivamente nuevo á que pensaba recurrir, le aconsejó que á la hora que desde el púlpito preguntara: “¿Qué quieres, Ferrer?” el bruto respondiera: “Quiero la paz.”

Supiéronlo unos pícaros estudiantes, de seguro alegres y amigos de bromas, y mediante la intervención de alguna pesetilla columnaria, comprometieron al idiota á que contestara cosa distinta de la convenida, pues sabían perfectamente de qué pie cojeaba, ó mejor dicho, de qué oído era sordo el padre Robles.

Llegó el día de la fiesta y la iglesia mayor se vió llena con un escogidísimo concurso: el presidente de la audiencia, los oidores, el ayuntamiento, el cabildo, las religiones y los particulares de más fuste llenaban la ancha nave, y se acomodaban en

sillones y bancos según su gerarquía é importancia.

Fray Joaquín hizo la salutación de estilo, invocó el auxilio de María, reina de las Vírgenes, y el del águila de Hipona, patrono y abogado del predicador, y tras la salutación del ángel, empezó su discurso.

Pintó lo mejor que supo los males de la guerra: las teas de la discordia, las furias desgredadas, los asesinatos, las ruinas, los incendios y las devastaciones hicieron el gasto.

Mencionó á Lactancio, quien dice que se considera criminal á quien da muerte á una persona; pero que á quien mata millones de hombres, inunda la tierra de sangre é infecta los ríos con cadáveres, se le otorga un sitio en el olimpo; habló de Séneca, quien escribió que los conquistadores son más adversos para la humanidad que las inundaciones y los temblores de tierra y confirmó estas opiniones con la de Erasmo, quien dice que si un solo asesinato constituye á un hombre en malvado, millares de asesinatos lo convierten en héroe. Con lujo de erudición probó cómo había dos guerras, una buena y otra mala, siendo

de las primeras las que tienen por causa el decoro y la defensa de Dios ó de su iglesia, y de las otras las que se emprenden sin tener cuenta esos sagrados intereses ó contrariándolos, y mencionó á Josué, á los amalecitas, á Gedeón, á los filisteos, á los cruzados y á los conquistadores del nuevo mundo.

Barajó luego á Peterborough, Marlborough, Galway y Stanhophe, poniéndolos de herejes, traidores, apóstatas y enemigos de Dios que no había por donde cogerlos. Colocó en las nubes la constancia de Felipe el Animoso, de seguro llamado así porque nunca logró separarse de su mujer; la grandeza del rey cristianísimo, el valor de Vendome y la lealtad castellana, y concluyó afirmando que de todos los pechos se escapaba una voz, en todas las almas existía una aspiración, en todos los entendimientos un propósito en que coincidían lo mismo chicos que grandes, letrados que ignorantes, pecheros que nobles.

“Y si no, hermanos míos, dijo en violento apóstrofe, mirad á ese ser que parece destituido de la luz de la razón, que según se le oye hablar carece del más rudo y na-

tural discurso, que está destinado sólo á comer, á dormir y á hacer sus obras naturales y preguntadle qué es lo que quiere. ¿Qué quieres, Ferrer.”

—Quiero mujer, contestó el necio en voz tan alta que casi opacó la del predicador.

—Pues eso, dijo Fray Joaquín, eso mismo desea el señor Obispo, eso quiere el señor Presidente de la Audiencia, eso pretenden los señores oidores, eso anhelan los prelados de las religiones, el cabildo, justicia, regimiento, caballeros y hombres buenos de esta ínclita ciudad; eso procuran este escogido concurso y todo el reino y eso mismo busco yo con todas las fuerzas de mi alma.

Los risueños soltaron el trapo á reír, los graves fruncieron el ceño, los prudentes menearon la cabeza, los suspicaces se espantaron y todo el mundo se levantó dejando interrumpida la función.

El pobre padre Robles, hasta que bajó del púlpito corrido y confuso, tuvo conocimiento del caso y de los resultados de su ardid.

21 de septiembre de 1900.

---

## CUENTO EJEMPLAR

---

**M**AS dice el Señor: “¿Quién de vosotros puede mudar un cabello de negro en blanco ó de blanco en negro?” ¿Quién? Todos cuantos gasten la famosa tintura que Herr Angrovius confecciona en Einbeck, Prusia renana, y que vende á razón de cuarenta marcos el frasquito en el lugar de la fabricación.

Limpia, elegante, discreta, ni ensucia la ropa, ni se delata dejando manchones negros en el rostro, ni se necesita aplicarla constantemente; deja el pelo negro como la endrina, brillante, suave y delicado como el de una señorita y sobre todo no puede